

MADRID, UNA CIUDAD PARA UN IMPERIO  
SUCESOS ACONTECIDOS Y VIDA COTIDIANA DEL  
MADRID LUMINOSO Y SINIESTRO  
DE LOS SIGLOS XVI Y XVII



MADRID, UNA CIUDAD PARA UN IMPERIO  
SUCESOS ACONTECIDOS Y VIDA COTIDIANA DEL  
MADRID LUMINOSO Y SINIESTRO  
DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Francisco José Gómez Fernández

ediciones  
LA LIBRERÍA

© Francisco José Gómez Fernández, 2011  
© De esta edición: Ediciones La Librería, 2011  
C/ Arenal, 21  
28013 Madrid  
Telf.: 91 541 71 70  
Fax: 91 542 58 89  
E-mail: [info@edicioneslalibreria.com](mailto:info@edicioneslalibreria.com)

ISBN: 978-84-9873-126-2  
Depósito Legal: M-38890-2011

Impresión: Copysell

Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Es mi deseo dedicar este libro  
a mi abuela, una madrileña del XIX,  
que me mostró un Madrid que,  
esperemos, nunca muera,  
con todo mi cariño.



# Índice

POR QUÉ ESTE LIBRO, POR QUÉ EL IMPERIO Y POR QUÉ MADRID .....	13
DE CÓMO UNA MODESTA VILLA LLEGÓ A SER LA CAPITAL DE LA NACIÓN MÁS PODEROSA, Y DEL IMPERIO MÁS EXTENSO, DE LA TIERRA.....	17
Madrid, una plaza modesta con una humilde historia.....	17
Grandes e ilustres urbes españolas o las capitales que pudieron ser.....	20
Y sin embargo fue Madrid.....	21
Lisboa, un inesperado y posible adversario .....	26
Valladolid, un intermedio cortesano.....	27
DE CÓMO ERA Y SE VIVÍA UN DÍA CUALQUIERA EN EL MADRID DEL IMPERIO.....	35
DE CÓMO Y POR QUÉ TUVO LUGAR LA DETENCIÓN Y EL JUICIO DEL PRÍNCIPE DON CARLOS, HEREDERO AL TRONO DE ESPAÑA .....	47
La vida del joven don Carlos y sus desquiciados comportamientos .....	48
Las causas de la detención del Príncipe y su encierro en el Alcázar de Madrid.....	52
La intencionada muerte de don Carlos, culminación de la tragedia ...	56
DE CÓMO LAS TABERNAS DE MADRID ERAN LUGARES MUY FRECUENTADOS EN LOS QUE SE CONSUMÍAN EXTRAÑOS BREBAJES .....	59
Las seductoras y peligrosas tabernas del Siglo de Oro .....	59
Pero no todo era vino en Madrid.....	62
El consumo de alcohol, preocupación de la autoridad .....	66
DE CÓMO ACONTECIÓ LA ENTRADA TRIUNFAL DE ANA DE AUSTRIA EN MADRID, CAPITAL DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA .....	71
DE CÓMO LA CIENCIA DE VILLÁN, O EL GRANDE VICIO DEL JUEGO, TENÍA SU MAYOR GARITO EN MADRID.....	79
Madrid, la gran capital del juego, y sus singulares garitos .....	81

Faunas, divertimentos y artimañas de las casas de juego.....	86
Los asiduos de las tahurerías, una fauna muy especial.....	88
La terrible y extendida lacra del juego en el Madrid del Imperio .....	90
DE CÓMO ERA LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO, PATRÓN DE MADRID, Y DE LAS SOLEMNIDADES HABIDAS CON MOTIVO DE SU BEATIFICACIÓN.....	93
DE CÓMO MADRID FUE TAMBIÉN UN LUGAR TENEBROSO, FRECUENTADO POR HECHICERAS, BRUJAS Y DEMONIOS, QUE ENCONTRARON ACOMODO ENTRE SUS CALLES Y GENTES .....	101
El diablo en el Siglo de Oro y su labor como informador de buscatesoros .....	102
Las inquietantes revelaciones del diablo, como acertado confidente político, al rey Felipe IV .....	105
El Diablo Cojuelo, el más madrileño y literario de los demonios.....	107
El extraño caso de la Casa del Duende.....	110
Antonia de Acosta, la hechicera de Madrid.....	112
DE CÓMO ACONTECIÓ LA «IMPRESIONANTE» EJECUCIÓN DE DON RODRIGO DE CALDERÓN, MINISTRO DE SU MAJESTAD .....	117
DE CÓMO LA NAVIDAD EN EL MADRID DEL IMPERIO ERA FIESTA MUY GRANDE Y CELEBRADA POR TODOS .....	125
DE CÓMO UN ENAMORADIZO PRÍNCIPE DE GALES LLEGÓ A LA CORTE ESPAÑOLA EN BUSCA DE ESPOSA.....	133
Matrimonio de Estado, mucho más que una boda .....	134
Los planes de matrimonio.....	137
El viaje de un joven sediento de aventuras.....	138
Los primeros días de la estancia de Carlos en Madrid .....	140
Maniobras de distracción .....	142
Las negociaciones llegan su fin .....	147
DE CÓMO LA PLAZA MAYOR DE MADRID FUE EL MAYOR ESCENARIO DE LOS ESPECTÁCULOS Y LOS VALORES DEL IMPERIO.....	151
DE CÓMO SUCEDIÓ EL EXTRAÑO ASUNTO DE LAS «ENDEMONIADAS» DEL CONVENTO DE SAN PLÁCIDO .....	159
DE CÓMO EL TEATRO ERA EL MÁS APRECIADO DE LOS ENTRETENIMIENTOS PARA LOS MADRILEÑOS.....	171
DE CÓMO FUE EL MUY SENTIDO SEPELIO DEL FÉNIX DE LOS INGENIOS, CANTOR DE LA ESPAÑA IMPERIAL .....	185
La aventurera y apasionada vida de Lope de Vega, un español del Barroco .....	186
La magnífica, sentida y ceremoniosa despedida del Fénix de los Ingenios .....	192
DE CÓMO LA VILLA Y CORTE ERA UNA CIUDAD VIOLENTA Y PELIGROSA.....	195



DE CÓMO MADRID CELEBRÓ EN EL AÑO 1680	
UN GRAN AUTO GENERAL DE LA FE .....	211
Los preparativos y días previos al grandioso acto.....	212
El gran Auto de Fe.....	215
La ejecución de las sentencias o el capítulo final .....	220
DE CÓMO ERA MUCHA LA PREOCUPACIÓN POR LOS POBRES EN MADRID Y GRANDE LA CARIDAD DE LAS GENTES PARA CON ELLOS.....	223
DE CÓMO PREOCUPÓ LA DESCENDENCIA DE CARLOS II	
Y TUVO LUGAR EL TURBIO ASUNTO DE LOS HECHIZOS .....	237
Carlos II, la triste historia de un hombre enfermo .....	237
María Luisa de Orleáns y el empeño en una descendencia imposible.....	240
Mariana de Neoburgo y el oscuro asunto de los hechizos .....	241
DE CÓMO MURIÓ PIADOSAMENTE CARLOS II Y CON ÉL FUE ENTERRADA TODA UNA ÉPOCA .....	249
CRONOLOGÍA DEL MADRID IMPERIAL .....	257
BIBLIOGRAFÍA .....	259
Libros.....	259
Artículos y revistas .....	261

—Don Cleofás, desde esta picota de las nubes, que es lugar más eminente de Madrid, malaño para Menipo en los diálogos de Luciano, te he de enseñar todo lo más notable que a estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusión fue esotra con ella segunda deste nombre.

Y levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos celosías, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fue de capas y gorras.

L. Vélez de Guevara,  
*El Diablo Cojuelo*, Madrid, 1641.

# Por qué este libro, por qué el Imperio y por qué Madrid

Con mi gratitud a  
Alejandro P. L. por su estima  
y empeño por esta obra.

¡España ha sido una gran nación! Y conviene repetir esta afirmación, pues estamos tan poco familiarizados con ella que al poco de leerla podemos pensar que lo hemos hecho mal. ¡España ha sido una gran nación! No es una aseveración gratuita, realmente hay un gran número de datos y hechos que dan fundamento a tal aserto. No nos referimos ahora a logros o conquistas pasadas, tiempo habrá, baste el comprobar el altísimo aprecio que hay, más allá de nuestras fronteras, por la cultura española; la multitud de extranjeros que abarrotan año tras año, y en número creciente, los centros Cervantes, distribuidos por todo el mundo, y en los que se estudia nuestra lengua y civilización; o la fascinación que despierta nuestro país, su historia y creaciones, en historiadores británicos, norteamericanos y franceses que consagran su vida profesional al estudio y comprensión de esta antigua piel de toro llamada España, y por cuya dedicación reciben el sobrenombre de *hispanistas*.

Sin embargo dentro de nuestras fronteras defender aseveraciones semejantes ha sido, y es, lamentablemente, motivo de burla, u ofensa, nacida, las más de las veces, de la ignorancia, el complejo de inferioridad o la manipulación política. Ciertamente hay quien es crítico con conocimiento de causa, y sin caer en el infantil error de juzgar con nuestros criterios y categorías mentales del presente los comportamientos y hechos del pasado, suele apreciar lo que de

bueno se encuentra en nuestros ya tres mil años de historia, y no se limita a repetir consignas o frases estereotipadas cacareadas por los medios de comunicación, pero, este tipo de personas es poco numeroso. Y es que, aunque no es prudente, es más fácil hablar sin saber, pues para saber hay que hacer un gran esfuerzo, y opinar a favor de corriente, sobre todo en foros donde el nivel es escaso.

A esta actitud tan humana, como obtusa y extendida, se suma otra en el caso de nuestro país, la de haber asumido nuestra propia *leyenda negra*, algo insólito que lejos de acercarnos a la realidad de lo que fuimos, y propiciar un cambio, o mejora, ha generalizado una serie de complejos históricos entre los españoles. Y no es que otras naciones no hayan cometido errores y abusos de dimensiones colosales, tanto o más que nosotros mismos en algunos casos, pero no han caído en el error de darles un peso tal que llegue a distorsionar la realidad que fue, y a formar generaciones de nacionales de caminar cabizbajo, avergonzadas de su pasado y casi afligidas por su existencia. Pues bien, he aquí, precisamente, el porqué de este libro.

Esta obra quiere ser un ajuste de cuentas de nuestra, a menudo, parcial y miope visión del pasado, con la realidad de aquella misma época, aunque procurando no caer en semejantes errores a los aquí criticados. De ahí que desde su concepción se haya procurado no ocultar nada, ni los rasgos más tétricos y dramáticos de la época, ni, por supuesto, los, tantas veces soslayados, atributos más luminosos, eso sí, alternando unos con otros y huyendo del juicio ético, que no ha de ser ocupación del historiador. Con este fin he escogido algunos de los aspectos más característicos del momento tratado, haciendo una, espero acertada, selección de los mismos, pues no es el objeto del libro el de agotar el tema, sino el de dar una visión significativa, elaborada y seria, pero no exhaustiva, de éste.

El periodo histórico tratado no podía ser otro que el Imperio de los Austrias, pues, pese a todo aquello que pueda empañarlo, es el momento más épico y grandioso de nuestra

historia, y en el que mayores aportaciones hemos realizado, al resto del globo, como país y cultura. Las naciones llegan a convertirse en imperios cuando han madurado una serie de experiencias vitales, y han sabido salir fortalecidas de ellas. España en sus ocho siglos de Reconquista fraguó un sentimiento nacional fuerte, un carácter propio, una cultura elaborada, un espíritu de lucha y sacrificio muy acendrado y una visión del mundo, y de su misión en el mismo, que la permitió saltar al primer lugar de la escena internacional, puesto en el que se mantuvo durante casi doscientos años, pese a sus limitados recursos humanos, y acometer una empresa de exploración, conquista, civilización y evangelización, de dimensiones colosales, como lo fue la empresa americana. Lamentablemente, el tratado es nuestro momento histórico más castigado por los tópicos de la *leyenda negra*, y sin embargo, el de mayor florecimiento cultural, el de mayor difusión de nuestra cultura, leyes y avances, y el de mayor confianza y sacrificio en pos de nuestras propias ambiciones, principios e ideales.

En este sentido, el escenario escogido para mostrar la realidad y las gentes, las virtudes y los defectos, las luces y las sombras del Imperio, había de ser abarcable, y, preferentemente, aquél en el que con más fuerza y mayor nitidez se manifestara la vida del mismo, por tanto, la decisión era sencilla, la capital del Reino, el centro político del planeta en los siglos XVI y XVII, la ciudad de Madrid. Y es que el Madrid capitalino fue fruto del Imperio, una urbe concebida para su servicio y el mejor espejo del mismo. Dónde mejor, si no, iba a encontrar eco la vida de aquella magnífica e inmensa Monarquía Hispánica que:

... en la gran Patria del Mundo, en la madre de los nacidos, en el oratorio del Cielo, en el abrigo de los pobres, en el Imperio del Orbe, en la silla de los Mayores Monarcas de la Tierra, en Madrid.

Francisco Santos, *El sastre del Campillo*, Madrid, 1685.

Ahora bien, ya lo hemos dicho, no quiere ser este un libro laudatorio, o apologético, por lo que se ha presenta-

do la ciudad como lo que era, un ente dinámico y vivo, de grandes contrastes, visibles tanto en sus tradiciones y espectáculos, como en sus gentes. Por las calles de Madrid desfilaban a diario santos y brujos, matones y clérigos, nobles y plebeyos, inquisidores y herejes, esposas y adúlteros, jugadores y cofrades, reyes, reinas, infantes y mendigos y todo tipo de individuos en los que, como en todo ser humano, cabía lo mejor y lo peor, pues nadie hay totalmente puro en la bondad o la maldad. En sus plazas y casas tenían lugar dramáticos autos de fe, devotas procesiones, crímenes de toda especie, caridades heroicas, pobreza solemnes, festejos magníficos, prevaricaciones y abusos indignantes, ajusticiamientos y penas fundamentadas... Y es que así era la propia España, de la que Madrid era el mejor reflejo, y el propio Imperio, cuyo brillo vivificaba la Villa y Corte.

En fin, deseo que esta obra sirva para devolvernos una conciencia más equilibrada de lo que fuimos, y cómo lo fuimos; para conocer más en profundidad nuestra magnífica y esforzada historia, cuyo saber y enseñanzas se están perdiendo hoy, gracias a los «soberbios» planes de estudios elaborados por nuestra clase política, y a la indolencia del pueblo; para mejor valorar aquellos siglos, en los que los españoles sabían cuál era su patria, quién era su Rey, por que morir y vivir, y ante qué Dios se inclinaban; para ahondar en el ser de la España que fue, y sobre cuyas espaldas se sostuvo nuestro vastísimo Imperio, con sus aciertos y errores, que aunque tristes, no restan un ápice de grandeza a los primeros; y, en definitiva, para penetrar en el alma de los españoles que nos precedieron, de ideales tan altos, de violencias tan cotidianas, de vida tan dura, de tantos sacrificios, y en los que aún actualmente podemos reconocernos. Dios quiera que al paso de los siglos los españoles de hoy seamos, en un sentido positivo, tan interesantes, admirables, significativos y merecedores de libros y estudios como ellos lo fueron.

En Medina de Pomar, a 20 de abril del 2010

3 de julio de 1561

De cómo una modesta villa llegó a ser la capital de la nación más poderosa, y del imperio más extenso, de la tierra

Madrid había sido hasta entonces tan sólo una pequeña villa sin muchos méritos en su haber. No había destacado, a lo largo de su historia, ni en lo bueno ni en lo malo, sin embargo hubo un monarca que, pese a su humildad, supo ver en ella el potencial y las ventajas que encerraba, convirtiéndola en capital, y corazón, de España, condición muy disputada que, a partir de entonces, rectificó decisivamente su fisonomía, devenir e idiosincrasia.

Madrid, una plaza modesta con una humilde historia

Ciertamente fue una sorpresa, nadie lo esperaba, el monarca más poderoso que habían conocido los siglos, don Felipe II (1555-1598), había de elegir una capital para su nación, y, por ende, para el imperio más pujante y extenso del orbe, España, y así lo hizo. El Rey Prudente escogió una pequeña villa meseteña, pues la plaza ni siquiera gozaba del título de ciudad, de no más de 10 000 habitantes, situada en el centro de la Península, a orillas del Manzanares, un riachuelo de caudal irregular, y que hasta el momento no había gozado de relevancia alguna en la ya milenaria historia del país. Era el año de gracia de 1561 y, al punto, Madrid se convirtió en capital de España y sede de la corte.

La medida era necesaria desde hacía tiempo. El desarrollo del Estado moderno precisaba de un núcleo neurálgico, en el que fijar y centralizar sus ya complejas instituciones, y su numerosa burocracia. La corte, en cierto modo, podía

seguir siendo itinerante, pues no movía más allá de unos centenares de personas, a lo sumo quizás dos millares, que formaban la comitiva que seguía al monarca, y para la cual era relativamente sencillo encontrar acomodo, en aquellas poblaciones en las que este se establecía temporalmente. En cambio, resultaba imposible trasladar de continuo a varios miles de almas, entre las que se contaban secretarios y escribanos del rey, militares de alto rango, miembros de los Consejos, de los Tribunales de Justicia y de la Real Hacienda, embajadores y diplomáticos extranjeros, artistas amparados por el mecenazgo del monarca, cortesanos de toda clase, familias y sirvientes de todos los citados, correos, mercaderes y negociantes encargados del abastecimiento..., y con ellos los documentos precisos, un incalculable número de legajos y escritos oficiales, que con tanto traslado corrían peligro de extraviarse. Era inviable, por tanto, hacer frente a la itinerancia de la capital, algo que, aunque complejo, fue posible tan solo un siglo antes, el xv, posibilitando que diferentes ciudades españolas –Burgos, Toledo, Segovia, Valladolid, Toro, Sevilla, Palencia, Medina del Campo, Córdoba...– detentaran circunstancialmente el más alto de los honores al que podían aspirar.

Ahora bien, pese a que la necesidad era perentoria, Madrid no parecía una candidata adecuada para desarrollar tal función, ni para ostentar semejante honor. Desde la conquista del *Mayrit* musulmán, *Magerit* para los antiguos castellanos, allá por el año 1085, a manos de las tropas del rey Alfonso VI, la ciudad no había destacado especialmente, pues apenas un puñado de hechos, acontecidos en sus tierras, merecían ser sucintamente recalcados en los libros de historia. En el año 1109 los almorávides tomaron la plaza, y cercaron el viejo Alcázar, aunque la peste declarada en el campamento musulmán, obligó a estos a levantar el sitio, y a abandonar la población. En el 1202 recibió la villa su fuero, por voluntad del rey Alfonso VIII, acogiendo por vez primera la celebración de las Cortes Castellanas en el 1309, bajo el cetro de Fernando IV, *el Emplazado*. Ya en los



De cómo una modesta villa llegó a ser la capital de la nación más poderosa,  
y del imperio más extenso, de la tierra



**Fragmento de la panorámica más antigua de Madrid** (año 1562) realizada por Anton Van den Vyngaerde, pintor de origen flamenco especializado en vistas de ciudades, que recibió de Felipe II el encargo de realizar una colección de vistas de las ciudades más notables de la Península Ibérica. Dimensiones totales 128 x 36,5 cm. Dibujado con pluma y tinta sepia sobre trazos de lápiz negro.

siglos XIV y XV, el núcleo hizo gala de una notable fidelidad a los legítimos gobernantes, a la par que de una considerable miopía política, pues, en los sucesivos conflictos sucesorios, siempre tomó partido por el bando del perdedor. Así, entre el monarca Pedro I el Cruel, y el candidato de la nobleza Enrique de Trastámara, se puso del lado del primero, haciendo lo propio con Juana la Beltraneja, derrotada por Isabel la Católica en el año 1479. Ya en tiempos de Carlos I, y desatado el conflicto de las Comunidades (1520-1522), Madrid se declaró ciudad comunera, una vez más del lado del vencido, aunque en esta ocasión, una pequeña pero trascendental parte de la población, el castillo, permaneció fiel al futuro emperador, resistiendo, bajo el mando de doña María de Lago, mujer del alcaide, los ataques de las huestes comuneras.

Nada que ver, por tanto, esta modesta hoja de servicios con los meritos, y títulos, que ya entonces habían alcanzado

un elenco de ciudades españolas, cuyos nombres evocaban un brillante y glorioso pasado, o un presente vital y satisfactorio: Toledo, Sevilla, Burgos, Valladolid, Granada, Barcelona... El descarte final de estas poderosas urbes hizo aún más sorprendente que la elección de la capital de España, y de su vastísimo Imperio, recayese sobre Madrid, una humilde villa a las orillas del Manzanares.

Grandes e ilustres urbes españolas  
o las capitales que pudieron ser

Resulta lógico pensar que la elección de una capital para sus Reinos generase en Felipe II una buena porción de dudas. En un país de historia tan rica y dilatada como España abundaban los núcleos con un pasado notable, e incluso capitalino, con un espléndido presente, o con una prometedora proyección.

En las primeras décadas del siglo XVI, dentro de la Meseta destacaban varias ciudades. A la cabeza de todas ellas se encontraba Toledo, capital del antiguo Reino Visigodo, el primero puramente hispánico, y sede de la máxima autoridad eclesiástica en territorio nacional, el Cardenal Primado de España. Pero también despuntaba por su pujanza comercial, notable pasado, y por ser lugar habitual de celebración de Cortes, Burgos, capital del Condado de Castilla desde el 930, y posteriormente del Reino hasta el 1085, año en el que Alfonso VI conquistó Toledo, trasladando aquí la capitalidad. Valladolid era una formidable candidata, quizás la que más argumentos a su favor reunía. Asiento de la Chancillería Real, o Corte Suprema de Justicia, y del Tribunal del Santo Oficio, contaba con una población numerosa y creciente, buenos abastecimientos, una evidente fortaleza económica, sostenida por la presencia una nutrida clase social con recursos, y un florecimiento cultural patente en la erección de nuevos conventos, iglesias y palacios, y en la edición de excelentes obras literarias. Pero además, la ciudad del Pisuega contaba con otros dos puntos a su favor. Primeramente, la urbe había sido la residencia más frecuentada por el em-

perador Carlos V a lo largo de su reinado, 1053 días, prácticamente la cuarta parte del tiempo que pasó en España. En segundo lugar, Valladolid ya había sido la capital de los Reinos de España, principalmente de los de Castilla, entre el 1543 y el 1559.

En similares fechas, otra ciudad castellana reunía, a todas luces, unas excelentes condiciones para convertirse en la principal del país, su nombre era Sevilla. A raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo, la capital del Guadalquivir había crecido extraordinariamente, al punto de convertirse en la mayor y más poblada ciudad de España, a la par que en una de las mayores de Europa. La causa de semejante desarrollo estaba en el establecimiento de la Casa de Contratación, en 1503, y en la llegada periódica de flotas cargadas de oro, plata y productos de América, que habían provocado que el numerario en circulación, los negocios, y la riqueza en general, aumentaran de forma espectacular. Sevilla, además, gozaba de una excelente situación, ya que era la puerta natural de España hacia el Atlántico, océano hacia el que Europa había virado hacía pocas décadas. El posible establecimiento de la capital en su seno, hubiese permitido al monarca estar más cerca de los necesarios recursos que precisaba para acometer la vastísima política imperial de España en el mundo.

Pero no termina aquí la exposición de ciudades españolas candidatas al preciado título. Igualmente armadas de motivos Salamanca, León, Segovia y Ávila en la Meseta, Córdoba y Granada, capitales musulmanas en tiempos pretéritos, y Valencia o Barcelona, aspiraban al honroso título.

Y sin embargo fue Madrid

Realmente no conocemos las motivos que impulsaron al monarca a desechar otras ciudades, y decidirse por Madrid. No contamos con documento alguno, ya sea privado o público, en el que exponga sus razones, o de indicio escrito cualquiera. Ni siquiera tenemos el decreto que legalizó su nombramiento como capital del Reino, pues éste nunca se

redactó. Ahora bien, este vacío, junto a la proverbial prudencia de Felipe II, y su carácter reflexivo, ha hecho las delicias de los amantes de la historia, pues se han elaborado multitud de teorías para justificar las decisiones que en el presente capítulo nos ocupan. Comenzaremos por los descartes.

Granada había supuesto una feliz estancia para Carlos V, durante la luna de miel con su esposa, Isabel de Portugal (1525-1539), pero nada más. En los meses en los que residió en la ciudad, entre el 4 de junio de 1526 y el 10 de diciembre del mismo año, el Emperador no se ocupó de los asuntos de gobierno, lo que privó al núcleo del imprescindible carácter político que toda capital ha de tener. Además, sobre ella se extendía la sombra de su reciente pasado musulmán, de hecho aún no hacía cuarenta años que la vieja ciudad nazarí había sido cristianizada.

Al igual que la anterior, otras contaban con argumentos aunque no con posibilidades. León, la vieja capital del Reino Astur-Leonés, se hallaba en una situación demasiado periférica, al igual que Salamanca. Ávila no era conveniente, pues aún se recordaba el derrocamiento, en efigie, del rey don Enrique IV, a manos de la nobleza, en el episodio conocido como *La farsa de Ávila*. Segovia tenía un fuerte contingente morisco, y había sido una ciudad obstinadamente comuna, enfrentada al padre del Rey hacía tan solo unas décadas. Córdoba, la antigua capital del Califato musulmán, poseía resonancias poco convenientes en una época en la que el islam era un peligro evidente en el Mediterráneo. Burgos, por su parte, tenía una ubicación demasiado excéntrica, como la anterior, como Valencia, y como la propia Barcelona, una ciudad más de condes que de reyes.

Las candidatas realmente serias eran tres: Sevilla, Toledo y Valladolid. Como ya hemos visto páginas atrás, la primera de todas reunía magníficas condiciones, sin embargo parece ser que en el ánimo del rey Felipe pesaron más dos serios inconvenientes, su alejamiento de las rutas terrestres, esto es, de la Meseta, y su larga tradición de epidemias, tanto

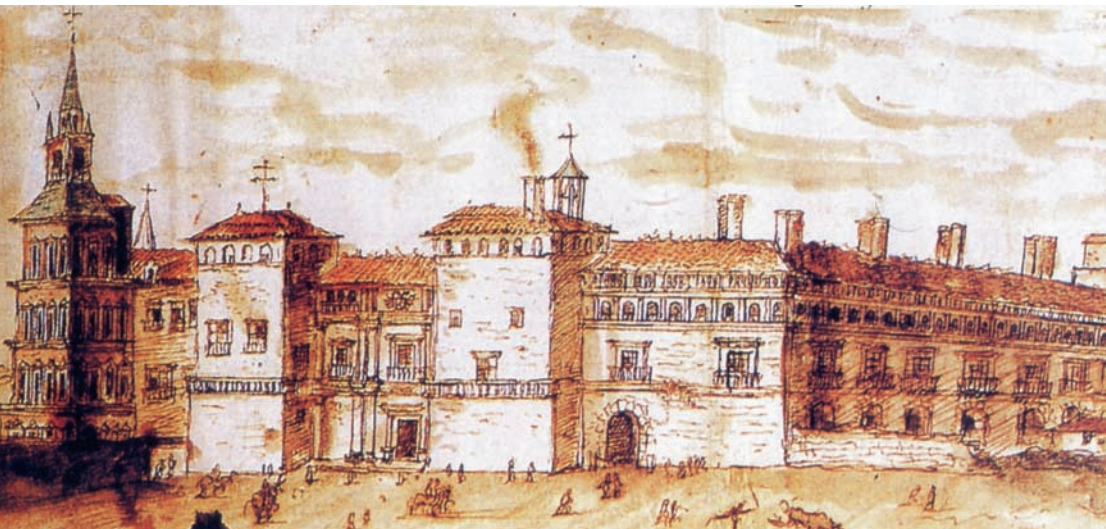
De cómo una modesta villa llegó a ser la capital de la nación más poderosa,  
y del imperio más extenso, de la tierra

físicas como morales. Toledo por su parte había sido ciudad comunera, y entre sus muros aún habitaban partidarios de esta causa. Además, la Ciudad Imperial estaba hondamente identificada con su vecino más ilustre, el Cardenal Primado de España, que imprimía un fuerte carácter religioso a la misma, al ser ésta sede, y símbolo, de la institución, y de su poder. Por último Valladolid, cuyas posibilidades eran altísimas, había sido una ciudad rebelde durante la revueltas de las Comunidades, y sobre ella pesaba aún el luctuoso episodio de luteranismo, que había sido solventado en los autos de fe de 1559, y que tanto preocupó al religioso Rey Prudente.

Y aunque todas las razones apuntadas son verosímiles, nuestro juicio sobre el valor que les dio Felipe II no es sino una pura especulación, pues realmente no sabemos si todas, algunas, o ninguna, estuvieron presentes a la hora de la decisión, o si simplemente fueron las bondades de Madrid las que convencieron al Monarca. Y es que, la pequeña villa meseteña reunía los requisitos necesarios para lo que don Felipe esperaba de la capital de España.

Ignoramos si, como han apuntado algunos, el soberano tenía un afecto especial por Madrid, debido a que de pe-

**Dibujo de detalle del Alcázar,**  
(fechado en 1568)  
realizada por Anton Van den Vyngaerde con pluma, tinta sepia y aguada. Dimensiones 34 x 26 cm.



queño había sido trasladado a ésta con fines medicinales para tomar unas aguas salutíferas que, al fin y a la postre, le permitieron sanar de unas fiebres que había contraído en Toledo. O si la predilección de la más querida de sus cuatro esposas, Isabel de Valois (1546-1568), por el pequeño núcleo interior pudo inclinar la balanza a favor de éste. Ciertamente es que la soberana española sentía una profunda aversión por Toledo, cuyo clima además perjudicaba su estado de salud, razones por las cuales algunos historiadores opinan que bien pudieron ser éstos los motivos del traslado de la capital. En una carta que doña Isabel dirigió a su madre exponía que:

Yo puedo aseguraros, señora, que si no fuera por la buena compañía de mi esposo, que tengo en esta ciudad, y la dicha de ver todos los días al Rey mi señor, juzgaría a este lugar (Toledo) por uno de los más desagradables del mundo.

En cualquier caso, había otras razones de peso, posiblemente más apreciadas por un monarca tan dado a la reflexión como era nuestro Felipe II, para tomar tamaña decisión. Madrid no contaba con un carácter marcado, cierto es que había sido ciudad comunera, aunque no completamente, y su papel en la revuelta había sido poco relevante. La población se hallaba en Castilla, corazón de la Monarquía, y disfrutaba de una posición central en la Península, lo cual facilitaba las comunicaciones con todos los Reinos del Estado, incluso con los más alejados. A este respecto, especialmente importante era la fluidez de los transportes con Sevilla, y sus preciados cargamentos de oro y plata americanos, para lo cual no presentaba problemas, ya que las condiciones eran buenas, pues no habían de superarse los difíciles pasos invernales de Guadarrama y Gredos. Por otro lado, la villa se hallaba dentro de las tierras de realengo, disponía de terreno suficiente como para considerar sus grandes posibilidades de crecimiento urbano, y se hallaba barrida por los aires de la Sierra, lo cual alejaría de las calles los hedores que padecían otras ciudades españolas. Además, el abastecimiento de agua estaba asegurado, así como la caza,